



NIVEL: Infantil



Las disfluencias en etapas infantiles

OBJETIVOS

1. Analizar algunos aspectos vinculados a las disfluencias verbales en los alumnos de Infantil.
2. Conocer los signos de alarma que presentan las disfluencias y la tartamudez.
3. Tomar conciencia sobre las medidas adecuadas ante casos de disfluencias verbales.

Vamos a llevar a cabo una aproximación a las disfluencias verbales en los alumnos de Educación Infantil y a conocer qué signos de alarma debemos tener en cuenta, como docentes, en relación a este tipo de anomalías.

También ofreceremos una serie de consejos útiles que deberíamos llevar a la práctica ante un niño que presente disfluencias verbales.

Disfluencias verbales. Aspectos que considerar

Entre los 2 y los 5 años de edad es cuando se sitúan el 80% de los casos de inicio de la tartamudez y, por lo general, estos suelen ser graduales, aunque también pueden darse casos de aparición repentina.

En este período en concreto, el niño atraviesa un proceso difícil, ya que está desarrollando habilidades del lenguaje muy complejas. Normalmente, si las repeticiones no se acompañan de esfuerzo o incomodidad al hablar (gestos-tensión), estas se pueden considerar como normales (lo que se conoce como **disfluencias típicas**).

En estas edades es común escuchar en el habla de los niños disfluencias típicas como: “pero pero; yo yo; cua-cuando; que que fue; pu-pu-puedo; el de los el de los”, etc.

Debemos tener en cuenta que, en la mayoría de los casos, si las personas relacionadas con los pequeños que presentan este tipo de dificultades, los escucha con paciencia y, por otro lado, les responde de una forma calmada y tranquila, la fluidez del niño suele recuperar su normalidad. Por lo tanto, es importante ser conscientes de que no debemos mostrar signos de desaprobación delante del habla del niño ‘que habla distinto’.

En cambio, cuando un niño pequeño habla y descubre en la cara de su interlocutor un gesto de desconcierto, puede pensar que, por la reacción de su interlocutor, lo está haciendo mal (y llegar a conclusiones erróneas como, por ejemplo, que lo querrán menos, etc.). Entonces, pondrá mayor esfuerzo en hablar mejor, provocando con ello que repita aún más. A la larga el niño puede comenzar a hablar menos, a retraerse socialmente por miedo a ser rechazado, a cambiar palabras, etc. En definitiva, es muy posible que establezca cargas psicológicamente negativas.

Por otro lado, encontramos niños que también tienen interrupciones en su fluidez, pero las acompañan de esfuerzo y tensión al hablar. Frente a una exigencia del medio, algunos niños intentan evitar estas repeticiones y se esfuerzan para hablar, para que el mensaje sea continuo. Este esfuerzo genera tensión en los músculos implicados en el habla y en el cuerpo en general. El aumento de tensión aumenta la disfluencia.

Las disfluencias acompañadas por tensión dejan de ser típicas y se convierten en **disfluencias atípicas**, las cuales han de verse como un **signo de alarma**, que el docente puede detectar para abordar de forma adecuada y temprana.

Signos de alarma

- Repetición de partes de palabra, palabras y frases en número y frecuencia aumentada.
- Cambios de intensidad y frecuencia de la voz.
- Pausas, interjecciones y muletillas en un número mayor al habitual.

- Incomodidad al hablar.
- Esfuerzo al hablar.
- Prolongaciones.
- Tensión corporal visible y audible.
- Dificultad al empezar a hablar y en mantener el patrón respiratorio.
- Cambio de palabra por temor al bloqueo. Miedo a producir determinados sonidos.
- Evitar hablar o contestar con monosílabos (sí, no, vale...). Miedo a enfrentar determinadas situaciones verbales.
- Poca participación en clase. Timidez exacerbada.

Algunos consejos para el docente

Como docentes, debemos tener en cuenta y poner en práctica los siguientes aspectos ante estos casos de disfluencia:

- Saber escuchar al alumno sin darle prisa.
- Darle tiempo para hablar, para que pueda expresar cómodamente su mensaje.
- No interrumpirlo cuando habla, ni dejar que él interrumpa a los demás.
- Respetar los turnos para hablar.
- Formularle preguntas una a una y solo las necesarias.
- Modificar su propio lenguaje para no acelerar y evitar ritmos vertiginosos en la sala.
- Hablarle con frases cortas y con un lenguaje fácil, es decir, adecuado para su edad.
- No decirle: “para, vuelve a empezar”, “no te apures”, “habla despacio”. Este tipo de correcciones aumentan la tensión.
- Utilizar simultáneamente la comunicación no verbal: acariciarlo, mirarlo, tocarlo, aceptarle juegos no verbales.
- También deberemos tener en cuenta que la disfluencia puede pasar inadvertida en la escuela porque el alumno no habla o habla poco.